

CASTRO CASTRO, Luis y ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio (coords. y eds.), *Independencias, repúblicas y espacios regionales. América Latina en el siglo XIX*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2022, 541 pp.

El interés por estudiar y comprender los procesos de independencia latinoamericanos se ha mantenido desde el mismo momento en que las monarquías ibéricas se fragmentaron. Más de doscientos años de reflexiones no han agotado las posibilidades de investigación. Los contextos de las conmemoraciones bicentenarias que vienen realizándose desde 2010 han alentado una proliferación de estudios que ha ampliado significativamente nuestro conocimiento del aquel tiempo de transición. Los avances que siguen operándose demuestran la vitalidad de ciertos temas y debates relativos a las emancipaciones y la formación de nuevos imperios o repúblicas. De las distintas vías de aproximación con las que contamos, las perspectivas de análisis que ofrece la historia regional permiten complejizar los acercamientos al descentrar el referente que ha supuesto el Estado nación. Precisamente, el libro que nos ocupa, a cargo de Luis Castro Castro y Antonio Escobar Ohmstede, arroja luz sobre ciertos espacios, proyectos y actores que la fuerza homogeneizadora de lo estatal-nacional ha dejado en la penumbra, a pesar de su relevancia.

Sin duda, siempre supone un reto acercarse a una obra colectiva. Más aún cuando abarca toda Latinoamérica a lo largo del Ochocientos. La variedad de los casos abordados en el volumen permite diversos itinerarios de lectura a partir del problema axial que se ha expuesto. En esta ocasión, hemos optado por agrupar los trabajos en torno a dos grandes núcleos temáticos: por un lado, el referido a las cuestiones territoriales y nacionales; por otro, el que se ocupa de las sociales y raciales. Por supuesto, a pesar de la separación que aquí realizamos, ambos ejes están interconectados y forman parte de los asuntos medulares que atravesaron los complejos procesos de articulación de los Estados nación a partir de las guerras de Independencia.

De manera transversal, en el primer núcleo temático pueden resaltarse tres preocupaciones. Como bien sabemos, la crisis y descomposición de las monarquías ibéricas llevó al surgimiento conflictivo de distintos países en América. Sin embargo, a veces se nos olvida que las fronteras políticas que se establecieron para demarcarlos territorialmente en bastantes ocasiones no se correspondieron con las regiones que desde tiempo atrás se encontraban integradas y cohesionadas por redes sociales, económicas y culturales. El vigor de las narrativas nacionales y su potencial hegemónico invisibilizaron durante años el estudio de esos espacios geográficos en relación con los elementos que los identificaban. Ello resulta especialmente significativo para las regiones surandina (que pasó a formar parte de Bolivia, Perú, Argentina y Chile) y la del norte del virreinato peruano. María Luisa Soux y Susana Aldana se ocupan respectivamente de cada una de ellas. La primera da cuenta de que la complejidad orográfica de los

Andes no fue óbice para que los actores, tanto insurgentes como fidelistas, estuvieran en permanente movimiento y acción durante el tiempo de la guerra. Ambos contendientes articularon y coordinaron sus proyectos por medio de la circulación de noticas e informes, valiéndose para ello de los vínculos humanos. Por su parte, Aldana remarca la importancia de las redes familiares —en el marco de una sociedad tradicional— en la conformación de la región. No en balde, según da cuenta, desde la segunda mitad del Setecientos los comerciantes de la intendencia de Trujillo (1784) intensificaron sus conexiones con la audiencia de Quito, el virreinato de Nueva Granada y, desde ahí, con el mar Caribe. Fruto de sus particulares intereses, la respuesta de los norteños peruanos ante los cambios introducidos por las reformas borbónicas no fue la revuelta, como en el sur, sino el contrabando. Al final, según deja entrever la autora, el norte se convirtió en una fuente de abastecimiento y financiación clave para la campaña independentista de José de San Martín, en 1821. En el caso del espacio venezolano, de acuerdo con Edda O. Samudio, sobre la base de las distintas regiones históricas de la época colonial se fue cohesionando el territorio, especialmente a partir del establecimiento de la Capitanía General (1777) y, más concretamente, desde la creación de la Real Audiencia de Caracas (1786). En adelante, tras la secesión, la república tuvo que gestionar las diferencias para garantizar la unidad. Visto en perspectiva, se trató de un dilema que, de una u otra forma, afrontaron todas las naciones americanas tras la desintegración de los imperios ibéricos.

La segunda preocupación se refiere al papel de los liderazgos militares e institucionales en la configuración del territorio y en la forja de identidades políticas. Seguimos en Sudamérica. Por un lado, como ha dado cuenta la historiografía, las guerras de independencia conllevaron la militarización de las regiones y la emergencia de caudillismos. El fin de la lucha en el Alto Perú (1825) desató distintas disputas territoriales. Como explica Sara E. Mata, entre ellas estuvo la que se libró en la estratégica provincia de Salta por mantener bajo su control los territorios de Atacama y Tarija. La vecina Tucumán no fue ajena a las dinámicas del conflicto general. Durante la Confederación rosista (1832-1852), el proceso de reconstrucción institucional de la provincia tuvo como protagonistas a los comandantes. De acuerdo con Flavia Macías, los gobernadores se respaldaron en éstos para controlar la región y hacer la guerra. Mientras, Sol Lanteri muestra que en la frontera sur de Buenos Aires la lógica defensiva de la etapa pasó por el asentamiento de grupos indígenas aliados —«indios amigos»— y su incorporación al servicio armado provincial. No sin dificultades, se logró una cierta estabilidad por medio de la articulación del poder local con los nativos y las autoridades provinciales. No obstante, tanto en Tucumán como en Salta, la caída del régimen rompió los equilibrios hasta entonces alcanzados. Por otro lado, pasando al plano institucional, Marta Irurozqui toma como objeto de análisis el Congreso constituyente reunido en la ciudad de Sucre, en 1839, tras el final de la Confederación Perú-Boliviana. En un momento convulso en el que los diputados tenían el encargo de elaborar una nueva Constitución que sellara la independencia nacional, el Congreso reafirmó la centralidad institucional y preeminencia histórica del poder legislativo en la preservación de la libertad boliviana, por medio del

control y el ejercicio legítimo de la violencia revolucionaria. Al fin y al cabo, como se observa en la mayoría de los procesos, guerra y revolución fueron las dos caras de una misma moneda.

El tercer asunto de interés son las tensiones y pugnas entre los modelos de organización centralistas y federales. Utilizamos el plural porque dichos proyectos no fueron unívocos ni se mantuvieron estáticos a lo largo del siglo. Gabriel Cid y María del Carmen Salinas adoptan una perspectiva de larga duración para examinar el problema provincial en Chile y México. Cid matiza el relato unitario triunfante a partir de los lenguajes políticos que rastrea en la prensa. Argumenta que el final de la rebelión anticentralista de 1859 supuso una reformulación de los vínculos entre territorio y autogobierno. Si tras la declaración de la independencia (1818) el problema había girado en torno a la asociación entre soberanía y regiones, a partir de entonces el debate se desplazó al municipio. De acuerdo con el discurso liberal del momento, éste se concibió como el espacio de la libertad, autonomía y democracia. Como resultado de esa evolución, el federalismo chileno de la década de 1870 dejó de insistir en la tradicional reivindicación del regionalismo soberanista para enfocarse en el ideario del *self-government*. En el caso mexicano, la autora explora las dificultades para mantener la cohesión política de la nación durante la primera mitad de la centuria. Una vez rotos los lazos con la monarquía española (1821), en diversas fases y contextos, los gobiernos tuvieron que afrontar el desafío que supuso articular los poderes provinciales, estatales y departamentales. El epítome de la crisis fue la derrota de México ante los Estados Unidos (1847) y las consecuencias negativas que se derivaron para el país. Asimismo, la inestabilidad fue también una característica en la formación de los Estados centroamericanos, hasta el punto de que suele hablarse de intentos fallidos. Sin embargo, Armando Méndez plantea un cambio de enfoque que tome en cuenta el nivel local. No en vano, según argumenta, las municipalidades de El Salvador y Guatemala, con sus diferencias y varianzas reglamentarias, tuvieron una continuidad en el tiempo que permite observar los ensayos de organización territorial y administrativa.

Cambiando de plano, el grupo de trabajos que tratan los asuntos sociales y raciales resulta particularmente sugerente por la cantidad de aristas que supone su abordaje. Vale la pena recordar que la cuestión indígena se convirtió en un problema para los Estados decimonónicos. Integrar a los pueblos nativos en la nación y su historia, así como «civilizarlos», resultó un tema complejo que dio lugar a largos debates políticos e intelectuales. Al igual que en otros espacios, en el Imperio Brasileño se idealizó a los indígenas del pasado remoto mientras que se pretendía asimilar por distintos medios, coercitivos o legales, a las comunidades presentes en la sociedad. Maria Regina Celestino y Vânia Maria Losada recuerdan que dichos grupos no fueron agentes pasivos. Lucharon por sus intereses, negociaron con las élites dirigentes y mostraron una gran capacidad para incorporar los lenguajes y las prácticas liberales a su repertorio de actuación, contribuyendo también a la transformación de la cultura política. De forma complementaria, los estudios sobre el escenario rural de Ayacucho (Nelson E. Pereyra) y el Caribe colombiano (Sergio P. Solano, Roicer Flórez

y Muriel Vanegas) refuerzan el argumento anterior al describir las distintas estrategias judiciales o identitarias con que los indígenas reclamaron su derecho a la propiedad de las tierras.

Sobre la cuestión de la identidad, David Díaz muestra cómo en Centroamérica se transitó desde una idea de unidad americana en el momento de la independencia (1821) a otra de región centroamericana a partir de la República Federal (1824). A mediados de siglo se llegó a hablar incluso de una «raza» centroamericana, aunque poco a poco los distintos países empezaron a remarcar sus particularidades. Durante el momento en el que se soñó con la cohesión de todos los territorios hispanoamericanos hubo voces que negaron a los afrodescendientes su lugar en ese continente idealizado. Desde luego, no todos pensaban en esos términos, si bien se sospechaba de los negros desde la experiencia haitiana. En Cuba, como analiza Izaskun Álvarez, las élites azucareras de comienzos de siglo hicieron una defensa cerrada del sistema esclavista. Cuando las Cortes del Trienio Liberal aprobaron el cese de la trata, no así de la esclavitud, el representante cubano Juan Bernardo O’Gavan alertó sobre la posibilidad de que la isla se independizara, siguiendo el ejemplo de los otros territorios hispanoamericanos. No es casualidad que, andando el tiempo, los conservadores españoles —tanto liberales como antiliberales— impugnaran los momentos revolucionarios de 1810 y 1820 que, a su juicio, habían abierto las puertas a la disgregación de la monarquía católica. De acuerdo con Rodrigo Escribano y Rebeca Viñuela, estos sectores mitificaron el pasado imperial y glorificaron las leyes de Indias para legitimar los proyectos coloniales sobre Cuba, Puerto Rico y Filipinas, negando a dichos territorios su participación en el sistema parlamentario. Para algunos, la pérdida del viejo imperio no fue fácil de asimilar.

En definitiva, con independencia de la ruta que se adopte para seguir el volumen, sus resultados evidencian la relevancia de los asuntos tratados por los distintos autores. Los casos abordados nos apremian a mirar el espacio y a tomar en cuenta ciertas cronologías de una forma distinta a la consagrada por los poderosos marcos estatales y las influentes narrativas nacionales. Quizá el cambio de lentes de aproximación nos permita realizar reconstrucciones alternativas del pasado más ajustadas a lo que fue la realidad de los actores.

Josep ESCRIG ROSA
Universidad de Salamanca